

**Anuario Internacional CIDOB 2005
edición 2006**
**Claves para interpretar la Política
Exterior Española y las Relaciones
Internacionales 2005**

España y Portugal: democracia y Europa, claves del reencuentro

Ramón Font,
corresponsal español y presidente de
la Asociación de la Prensa Extranjera en Portugal

Cumplidas dos décadas de la incorporación de Portugal y de España a la Europa comunitaria, las relaciones bilaterales han alcanzado la velocidad de crucero y avanzan con cautela hacia la plena integración de sus economías sin que este proceso irreversible afecte los aspectos identitarios que tanto recelo despiertan todavía en algunos ámbitos de Portugal.

Las reglas comunitarias y las ventajas compartidas de pertenecer por primera vez a las mismas alianzas económicas y defensivas han provocado un vuelco histórico en las relaciones entre los dos estados de la península Ibérica. En poco tiempo se ha superado la traumática dialéctica de la *desconfianza* portuguesa-displacencia española por la aceptación de la realidad de un mercado ibérico integrado, perteneciente a un ámbito superior con normas propias que no admiten excepciones.

En el plano institucional, la sintonía entre Madrid y Lisboa ha superado en 25 años el clima enrarecido por cuatro siglos de miradas de reojo. Desde la recuperación de la democracia en los dos países, los avances han sido espectaculares, incluso cuando el color político de los dos gobiernos no ha sido coincidente. Así quedó plasmado cuando el primer presidente español de la transición, Adolfo Suárez, viajó a Lisboa en septiembre de 1976 para solicitar el aval democrático del socialista Mário Soares, flamante jefe del primer Gobierno constitucional tras la revolución de los claveles. Suárez no

había convocado el referéndum para su reforma política y Soares ya gobernaba con la Constitución más avanzada de Europa. Su respaldo resultó estimulante y desde entonces, entre Lisboa y Madrid circula otro aire.

Ambos personajes enterraron el Pacto Ibérico con el que las dictaduras de Franco y Salazar habían blindado sus regímenes y con el impulso del rey Juan Carlos, sensible conocedor del alma lusitana por su experiencia del exilio familiar en Estoril, los mismos políticos promovieron el Tratado de Amistad y Cooperación en vigor, sobre el que se ha ido desarrollando la nueva relación, respetuosa y poliédrica, entre España y Portugal.

Cuando la democracia española estuvo en peligro el 23 de febrero de 1981, el presidente portugués, Ramalho Eanes, y su primer ministro, Pinto Balsemao, exhibieron con prontitud su sintonía con el rey Juan Carlos y con las instituciones españolas. El nuevo presidente Leopoldo Calvo Sotelo escogió Lisboa para reponerse de los efectos del frustrado golpe de Estado y con Pinto Balsemao despejó los temores portugueses ante la precipitada integración de España en la Alianza Atlántica. El Gobierno reformista portugués temía perder el control de sus aguas territoriales y que un general español asumiera el mando ibérico desde el búnker de la OTAN en la playa lisboeta de Oeiras.

La experiencia ha demostrado que el entendimiento entre los militares de los dos países ha disipado las dudas artificiales y veinte años después la presencia habitual de fragatas españolas en el Tajo ni es noticia en la prensa portuguesa ni merece otra consideración que la de prueba irrefutable del giro copernicano en las relaciones bilaterales.

Si la recuperación de la democracia prácticamente en simultáneo permitió a los dos países abrir sus respectivas sociedades para profundizar en el conocimiento mutuo con el que alejar los fantasmas del pasado, la entrada en Europa amplió los horizontes y forzó definitivamente el cambio histórico de consecuencias múltiples. El 12 de junio de 1985 cuando Lisboa y Madrid suscribieron la incorporación de los dos estados a las instituciones comunitarias, sellaron también sin expresarlo el cambio de mentalidad para sus relaciones futuras. Quedará para el anecdotario intrascendente que Portugal quería solemnizar en solitario un momento tan especial. Aceptó la ceremonia el mismo día que España pero tuvo valor simbólico hacerlo ocho horas antes para visualizar el orden de entrada en Bruselas de las respectivas peticiones y de paso evitar la fatalidad de aparecer casi siempre *después* en casi todos los *rankings*.

Los protagonistas de la opción europeísta de la península, los socialistas Mário Soares y Felipe González, fueron también los impulsores en Alcántara (1985) de lo que serían las cumbres bilaterales que sustituyeron la retórica por los proyectos y el compromiso.

La coincidencia de color político en Lisboa y Madrid fue corta pero dejó marcas. Aunque Soares perdió el Gobierno, su inmediata ascensión a la presidencia de la República le permitió avanzar en otro plano de las



relaciones, con especial atención en la promoción de la cultura y en el reconocimiento de la España de las autonomías. Soares inició desde Portugal el delicado ejercicio político de abrir nuevos ejes peninsulares, sin comprometer ni poner en jaque la realidad de los estados. Su sucesor en la jefatura del Estado, el también socialista Jorge Sampaio, intensificó esta visión multipolar de la Península y cultivó con eficacia la relación con la Familia Real, cuya visibilidad en Portugal aumentó considerablemente durante su mandato.

Sin embargo, sería con el reformista Cavaco Silva en el Gobierno con quien Felipe González encontraría la sintonía necesaria para impulsar las grandes reformas que financió la Unión Europea. La década de Cavaco y González (1986-1996) sentó las bases del mercado ibérico y permitió corregir los desequilibrios estructurales de la península con un acercamiento de Portugal a los niveles europeos y con un vuelco espectacular de las relaciones económicas bilaterales. A finales de la década de los ochenta, los empresarios españoles descubrieron Portugal, aunque algunos intelectuales portugueses lo interpretaron como la nueva invasión con la que España tomaba el poder sin el recurso

a las armas. La presencia de 3.000 empresas españolas en Portugal ha sido utilizada como arma arrojada para intentar torpedear desde sectores nacionalistas lusos la interpenetración de las economías que deriva de la realidad europea. Las 300 empresas portuguesas que ya operan en España no plantean ninguna objeción y es unánime en ambos lados que su incremento sería incluso altamente beneficioso para el equilibrio de las relaciones.

En plena efervescencia del mercado ibérico, un nuevo cambio de color político en ambas capitales en 1996 facilitó la irrupción de otro tándem, políticamente alejado pero personal y familiarmente muy cercano: el socialista António Guterres estableció con el presidente José María Aznar una sólida y fructífera relación que permitiría construir las nuevas vías de comunicación terrestre y mejorar el conocimiento español de un nuevo Portugal, desacomplejado y eufórico alrededor de grandes proyectos colectivos como la Expo 98 y las capitales europeas de la cultura en Lisboa y Oporto.

La inesperada dimisión de Guterres, sustituido por el reformista José Manuel Durao Barroso, *afinó* la relación política con la España de Aznar pero no evitó nuevos desencuentros en el ámbito económico. El Gobierno de Aznar tuvo que soportar las quejas del presidente Sampaio, expresadas en Madrid y sin un solo ministro presente, por las alegadas dificultades que los empresa-

rios portugueses sentían en España para ganar concursos públicos. Al mismo tiempo, un grupo de 40 empresarios portugueses suscribía un manifiesto de alerta ante el peligro de transferencia de los centros de decisión nacionales, supuestamente amenazados por la potencia económica española. Es frecuente observar en Portugal el reconocimiento de que este sentimiento de queja ha reflejado una cierta incapacidad de buena parte del empresariado portugués para abordar con eficacia el mercado exterior, en especial el español.

Aznar y Barroso introdujeron en la recta final de sus mandatos expectativas muy optimistas para el futuro de la península como el mercado ibérico de la electricidad y un espectacular mapa ferroviario que trazaba cuatro ejes de alta velocidad, de los cuales sólo el Lisboa-Madrid ha merecido la consideración de prioritario por sus sucesores, José Luis Rodríguez Zapatero y José Sócrates. El eje Vigo-Oporto será también recuperado si la iniciativa privada certifica su viabilidad.

Con el regreso de los socialistas al poder en ambas capitales, los dos países han optado por mantener las grandes líneas estratégicas, pero al mismo tiempo han introducido una corrección del rumbo político, con mayor énfasis en la cooperación en otras áreas como el conocimiento y la innovación, el desarrollo de las regiones fronterizas y el refuerzo de la presencia conjunta en terceros mercados, especialmente América Latina y África, en detrimento del discurso cargado de grandes obras. El ejemplo de los nuevos tiempos fue anunciado en la cumbre bilateral de Evora (noviembre 2005) con la creación del Instituto Ibérico de Investigación de nanotecnologías. Lo dirigirá un físico gallego pero funcionará en la ciudad portuguesa de Braga.

A las euroregiones que en la práctica funcionan entre los tres archipiélagos atlánticos, Galicia y el norte de Portugal, Extremadura y el Alentejo, se añadirá la que pretenden impulsar Andalucía y el Algarve. El aprovechamiento de los fondos comunitarios al abrigo de los planes Intereg ha modificado sustancialmente las perspectivas de desarrollo en estas áreas, en donde se han experimentado transformaciones económicas y sociales de gran calado, que van de las actividades industriales y logísticas integradas a los servicios compartidos, incluida la sanidad y la enseñanza.

Estas alianzas estratégicas marcan el nuevo ciclo de las relaciones luso-españolas, vertiginosamente estimuladas desde Lisboa por la sorprendente declaración del nuevo primer ministro portugués, José Sócrates, cuando asumió recién llegado al poder (abril 2005) que las prioridades de su Gobierno eran tres "España, España y España". Con su atrevida proclamación, el primer ministro asumía, por primera vez sin complejos por parte de un gobernante portugués, que España es ante todo una gran oportunidad para Portugal y no una amenaza de acuerdo con la vieja doctrina.

“La década de Cavaco y González sentó las bases del mercado ibérico y permitió corregir los desequilibrios estructurales de la península”